

Viaje al corazón de la ópera

Gregorio Marañón y Bertrán de Lis*

Mi viaje a ese corazón de la ópera que he descubierto en el Teatro Real comenzó muy temprano en mi vida, aunque yo no lo supiera. Siendo muy niño, me divertía con un juego alemán llamado *Quartett*, que reproducía los rostros de los principales compositores, agrupados por familias de cuatro en función de su tiempo, su nacionalidad o su estilo. Así fue como aprendí los nombres de Monteverdi, Mozart, Tchaikovsky, Verdi, Wagner, Strauss... Casi al tiempo, de la mano de mi madre, empecé a asistir a zarzuelas y recitales líricos. Entre estos hubo uno, inolvidable, de María Callas, que borró de mi memoria infantil todos los demás. Tenía entonces muy cerca, familiarmente, a Lola Rodríguez de Aragón y a una jovencísima discípula que llegaría a ser Teresa Berganza, que traslucían un fascinante mundo de voces y arte.

Pero al cruzar la adolescencia, el viento me alejó durante un tiempo de esa ruta. Con un énfasis propio de esa edad de tantas certezas como ignorancias, vine a sostener que entre mi inmensa afición al teatro (participé en la creación de un centro experimental, dirigido por William Layton) y a la música clásica (no me perdía los conciertos de Ataulfo Argenta, padre de un compañero de colegio), no había espacio para la ópera. Sus libretos me parecían absurdos, sus cantantes no me inspiraban la menor credibilidad en la interpretación de sus personajes, y su música, subordinada al servicio de las voces, no me interesaba.

Algo más tarde, por razones profesionales, viajé a Buenos Aires, donde me invitaron a una representación de *Aída* en el mítico Teatro Colón, y fue allí donde descubrí, tardíamente y sorprendido, con 35 años, la ópera. Me pareció que por ser al mismo tiempo teatro y música, constituía un género distinto, que tenía sentido por sí mismo y que también convocaba, con sus ricas escenografías, al mundo plástico. A partir de entonces, en el Teatro de la Zarzuela y aprovechando mis viajes al extranjero, empecé a frecuentar los principales teatros de ópera, abatiendo de golpe mis prejuicios anteriores. El Metropolitan, París, Washington, La Scala, el Covent

Garden, la Fenice, fueron algunas de las estaciones de un aprendizaje autodidacta, en el que mi conocimiento siempre quedaba por detrás de lo que podía saber de literatura, teatro o cine, y hasta del resto de mi cultura musical. Poco a poco, mi curiosidad intelectual me iba llevando más y más lejos, eso sí, siempre por el sendero de los repertorios más convencionales.

LA ÓPERA [...] REPRESENTA LAS EMOCIONES Y LAS PASIONES ETERNAS DE LA CONDICIÓN HUMANA, CUANDO NO SOLO ENTRETiene SINO CONMUEVE, CUANDO AL CAER EL TELÓN Y APAGARSE LAS LUCES NOS LLEVAMOS DENTRO NO SOLO EL RECUERDO DE LAS NOTAS DE LA MÚSICA Y DE LOS TIMBRES DE LAS VOCES, SINO ALGO MÁS QUE SIGUE CRECIENDO EN NOSOTROS [...]

En 1995, Carmen Alborch me invitó a incorporarme al recién constituido Patronato del Teatro Real, sin duda no por mis conocimientos operísticos sino por mi quehacer vocacional en el ámbito de las instituciones culturales y por mi experiencia jurídica y empresarial. Coincidió ahí con Alberto Ruiz Gallardón, entonces Presidente de la Comunidad de Madrid, y de él he ido aprendiendo hasta ahora mismo, conversación tras conversación, mucho de lo que sé de ópera. En aquel Patronato coincidí también con Luis de Pablo, que años después firmaría mi ingreso como académico de número en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, y con Alberto Zedda, quienes tanto me enseñaron sobre música y ópera. Como miembros de la Comisión Ejecutiva, entre las candidaturas de Gerard Mortier y Stéphane Lissner para la dirección artística, contratamos a este último porque tenía mayor disponibilidad. Desde entonces, Stéphane se convirtió en uno de mis amigos más cercanos. Es un extraordinario hombre de teatro incorporado al mundo de la ópera donde, con su inmenso talento, ha llegado a ser uno de los mejores, como el propio Gerard Mortier. Desafortunadamente, el proyecto que entonces

preparamos tan ilusionadamente se vino abajo con el cambio político, y así se pasó de *Parsifal* a *Margarita la tornera*, y la mejor representación posible de *El crepúsculo de los dioses* que habíamos imaginado para el instante del cambio de milenio no tuvo lugar. El Teatro Real entró en un período de inestabilidad grande, y primero Luis de Pablo, Alberto Zedda y yo, y luego Lissner, nos fuimos con la música a otra parte. En los años siguientes, no dejé nunca de ir a Aix-en-Provence, compartiendo con Stéphane el precioso proyecto que allí sí le permitieron realizar, que le llevaría luego a la Scala. En Aix coincidía también con Gerard Mortier, asiduo como yo al festival, a quien había conocido años atrás en mi cigarral toledano. Estos veranos en la Provenza constituyen mi verdadera inmersión en esa dimensión última que la ópera puede ofrecernos cuando representa las emociones y las pasiones eternas de la condición humana, cuando no solo entretiene sino conmueve, cuando al caer el telón y apagarse las luces nos llevamos dentro no solo el recuerdo de las notas de la música y de los timbres de las voces, sino algo más que sigue creciendo en nosotros, enriqueciéndonos y haciéndonos mejores.

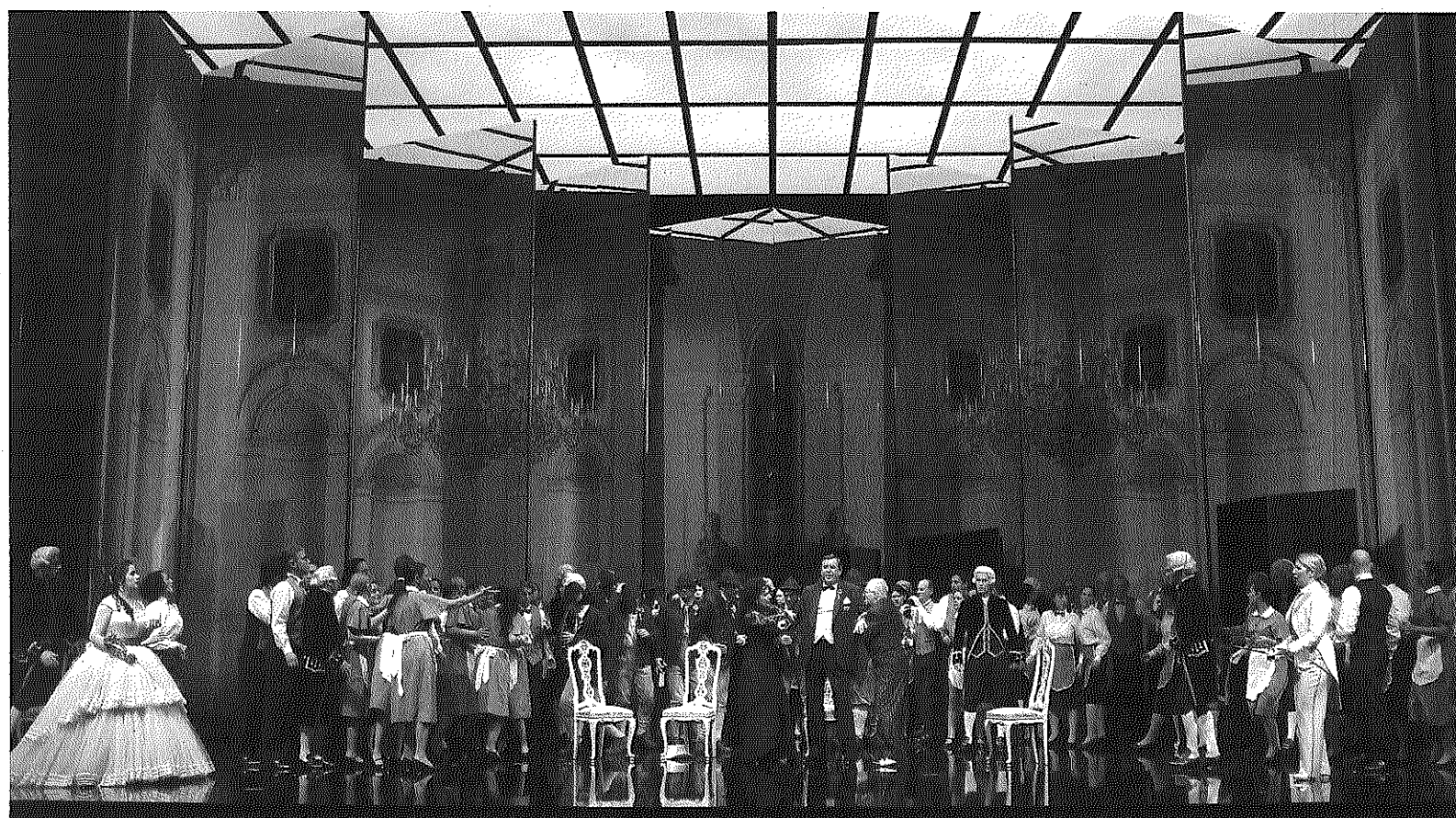
Cuando se me propuso volver al Patronato del Teatro Real y a su Comisión Ejecutiva, acepté ilusionado con el propósito de contribuir a que el Teatro pudiera alcanzar esa autonomía y estabilidad que precisan todas las grandes instituciones culturales del Estado para poder tener y cumplir un proyecto de altura. César Antonio Molina asumió mi propuesta, modificando los estatutos y despolitizando la presidencia de la institución, que me ofreció muy generosamente. En esta andadura, Miguel Muñiz, por un lado, y Santiago Fisas, Ignacio González, Mercedes del Palacio, Juan Carlos Maset y Félix Palomero, por el otro, han sido decisivos para poder configurar y hacer posible un proyecto de excelencia artística, de proyección internacional y de búsqueda de nuevos públicos. Y Gerard Mortier... En el año 2008, tras cumplirse íntegramente el contrato de su predecesor, le ofrecimos la doble dirección artística y musical, tras haber también considerado

esta vez la posibilidad de contar con Lissner. A diferencia suya, Mortier llega a la ópera desde la orilla musical, y esto configura toda su labor. Trajo la polémica y el éxito, dos fenómenos tan etéreos como pasajeros, pero también esa excelencia artística que buscábamos con una programación de amplios horizontes y con la calidad de nuestra orquesta y nuestro coro, convirtiendo al Teatro Real en una institución de referencia europea. Contar con su colaboración supone un estímulo intelectual y un aprendizaje permanente. El viaje de la vida consiste precisamente en esto, en aprender prosiguiendo nuestro camino hacia Ítaca, sabiendo, como nos dijo el poeta, que las experiencias son la verdadera recompensa de nuestro viaje. Finalmente, hoy en el Teatro Real vuelve a latir el corazón de la ópera, que es el mismo que animaba los coros y los actores del teatro griego y que cons-

tituye esa inspiración que estará siempre presente allí donde se cumpla la hermosa definición que sobre el arte nos dejó Conrad: "Hay algo más que la consecución de la destreza, atendiendo a los más delicados matices de la excelencia; existe un punto más alto, un sutil e inconfundible toque de amor, una inspiración, que es lo que confiere a una obra ese acabado que es el arte".

***Gregorio Marañón y Bertrán de Lis.** Nació en Madrid en 1942. A los 21 años finalizó su licenciatura de Derecho y amplió sus estudios financieros en Estados Unidos. Entre 1979 y 1980 realizó el curso de Alta Dirección del IESE. En 1978 fue nombrado Director General del Banco Urquijo, primer banco industrial de España. Fue Presidente de BANIF, Consejero de ARGENTARIA y Consejero del BBVA. Fundó y presidió GESCAPITAL. En la actualidad es Presidente de Logista, Universal Music y Roche Farma;

Consejero y miembro de la Comisión Ejecutiva de PRISA; Consejero de PRISA TV, Altadis y Viscofan; Presidente del Consejo Asesor de Spencer & Stuart y Vocal de los Consejos Asesores de Vodafone y Aguirre & Newman. En el ámbito cultural es Presidente del Teatro Real, de la Real Fábrica de Tapices, de la Fundación El Greco 2014 y del Teatro de La Abadía; Vicepresidente y Presidente de la Comisión Ejecutiva de la Fundación Ortega-Marañón, y Patrono de las Fundaciones Santillana, Altadis, Centro Internacional de Toledo para la Paz, Real Fundación de Toledo y del Museo del Ejército. Es Académico de número de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando; Académico de Honor de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo y Académico de la Academia Europea de Ciencias y Artes. Recibió la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio, es Oficial de la Legión de Honor Francesa e Hijo Adoptivo de la ciudad de Toledo. Ha escrito tres libros y publicado numerosos artículos en la prensa nacional.



Teatro Real. Ópera: *Rosenkavalier*. Foto: @Javier del Real